



Referentes...

EL ESPANTAPÁJAROS

MANUEL MEJÍA VALLEJO

Una cruz de palos, un sombrero viejo, un saco rescatado a los ratones, unos pantalones desahuciados, unas botas sin memoria ya de pies andantes. Por cara un manojo de estopa, de

pecho un camisón relleno de pajas. Así, nació el espantapájaros que sembramos en mitad de la colina. Contra las nubes de la tarde parecía un cristo sin fieles. Tal vez por eso el indio de las hoyas le hacía una venia en cada viaje por tiempos de luna llena. El sol y la lluvia fueron

dando carácter al monigote y una lejana conciencia de tener trapos que un día entibiaron respiraciones humanas, olvidos, deseos inconclusos.

—Está ciego —dijo lucía.

Se le adivinaba ya la sombra de la muerte en sus ojeras. Desaparecería antes de que nos repusiéramos de la inminencia. El padre continuó enrollando la sogá de enlazar, alborotada en las cejas pardas.

—No entienden los grandes —dijo lucía.

Y subió con dificultad a la colina y forró en lona la cara de estopa y pintó dos ojos donde deberían vigilar los ojos. Yo aseguré la correa a la cintura. Y una mujer, 17 años enamorados, ensartó una flor en la raída solapa.

—¿Cómo lo ponemos?

—Toto —respondió lucía, porque ya lo había pensado.

El descenso fue menos jadeante.

—Se llama Toto. —dijo cuándo la chimenea hizo crepitar los leños.

—¿Quién?

—El espantapájaros.

Entre las primeras siembras iba recobrando vida. El indio de las ollas dejó a su pie un gajo de uvas silvestres.

—Anoche le calló un aguacero.

Lucía dio una vuelta en derredor del espantapájaros. Regresó.

—Está triste, está mojado y triste.

Afirmó los dedos en el lápiz, su lengua forzando una comisura. Desvió la sonrisa en la tela que sonrió al paso del lápiz rojo.

—¡Eso! —fue el griterío.

—Está contento el espantapájaros.

—Se llama Toto.

Ella bajó de la raíz a la hierba, tomó al niño de la mano, cantó:

—Vengan todos a mirar, vengan todos, vengan todos, vengan todos a mirar, vengan todos, vengan todos, vengan todos a mirar.

Su cabello color de pelo de chócolo, enmarcaba la transparencia de su palidez. A veces iba sola para hablar con el espantajo, que algunos días fue su espantapenas, prolongada la imagen en el espejo antes de las anochecidas.

—Yo quería un pumita para jugar con él.

Desde que el primo Roberto contara el cuento de un puma de bruma.

—El pumita no llegó y me lo prometieron, y yo dije: mamá, el puma y ella dijo: lo encargamos, pero Roberto no viene y no me trae el cachorro, a lo mejor nada es cierto porque el pumita no ha llegado para mostrarle las mariposas.

Pero el afecto que reservaba al que debería venir, fue transferido al que se erguía en la colina. Y hablaba con él, y sabía responder a su manera, calladamente, desgualetadamente. Y otro día pasaron otros vecinos y, al verla charlar con el espantajo, se le arrimaron y ella explicó:

—Somos amigos.

Los niños miraron, dieron tres vueltas y convinieron en que también podría ser amigo de ellos. Y lucía estuvo menos sola. Después, otros engrosaron la ronda danzante:

—Pasará la rueda, que la rueda quedará, pasará la rueda, que la rueda quedará eh.

Entre los saltos del perro ladrador y atizamos fogatas y llevamos cortapicos y matandreas, llevamos uchuvas moradas y uchuvas amarillas sin envoltura, llevamos cerezas y uvas de monte. Alto el espantapájaros sonreía a la ronda. Debió saber de las plantas nacientes, crecían alborotadas por el viento, adormecidas por la lluvia, apaciguadas por el sol. El maíz de hojas dobladas, el frisol envolvente en defensa contra su debilidad, papas semillas intercaladas en los surcos. Pero su destino era una vigilancia esclava, ahuyentar alas y silbos y vuelos. “¿Para qué nace uno?”, pudo haber pensado. Eran suyos cerros y montañas, vientos y neblinas, fueron suyos la tempestad y el sosiego de las cosas permanentes, fue suyo el sentimiento de cumplir un deber egoísta.

Otra tarde, mientras jugábamos cerca, lucía lo miró:

—Véanlo lleno de mariposas, vean como alegra la cara.

De día en día el espantapájaros se integraba al paisaje, pero el hombre ignoró su ubicación y esa consciencia de soledad la tuvo cuando intuyó su capacidad de sentir y comprobó que amaba más a las mariposas y a las aves que a las cosechas.

—Anoche la pasó tosiendo, ¿estará resfriado?

A su cuello fue exacta una bufanda rota del primo. Hubiera querido doblar los brazos e insinuar con las manos un remedo de ternura. Por eso su llanto fue silencioso cuando el primer pájaro llegó al brazo tendido.

—Ni pájaros ni mariposas le tienen miedo.

Así el espantapájaros volvió a preferir el vuelo y los silbos a las cosechas del hombre. Muy tarde entendió su soledad porque desterraba al conejo arisco, la ardilla voluble, el carriquí juguetero, mirlas y pinches, el armadillo cauteloso, toches y sinsontes, ellos serían sus amigos. También nosotros. Y le arrimamos la cometa y el que llevaba el hilo engarzó el carrete en uno de los brazos. El espantapájaros miró de reojo contento al vuelo de la cometa dirigida por su brazo inmóvil. Pero el hombre lo supo cómplice de cuadrúpedos y aves que venían de montes y rastrojos en busca de la semilla o que sin temor picoteaban o roían las mazorcas.

“—Hay espantapájaros buenos, hay espantapájaros malos —pensaría.”

Tenía dureza de colmillo de puma, blandura de sol filtrado entre las hojas, entonces, empezó a subir la cuesta para cambiarlo.

—No lo mate papá. —dijo Lucía— Toto es amigo.

Seguimos inquietos su ademán sonreídamente desdeñoso. El viento sacudía el ala de su sombrero, sacudía el cabello, las faldas, las blusas. El indio apareció en la boca del monte donde el peñasco atajaba las ventiscas. Gacha la cabeza por el terciador de cabuyas trenzadas que, aferrado contra la frente, sostenía a la espalda su carga de ollas. Entre las fibras en red que lo hacían compacto sobresalían las redondeces quemadas a parches por el humo y el fuego allá en la selva. Sin detenerse desvió el camino, sacó dos mazorcas, las abrió y las depositó a lado y lado del monigote, antes de proseguir silencioso. Mi padre revisó la cosecha descuidada, miró desconfiado al espantapájaros y luchó por desenterrar la vara que lo retenía. Cayó el sombrero, se aflojó la bufanda, la boca interrumpió su sonrisa, los ojos pintados nos llamaron sobre la solapa cuando las dos primeras gotas de lluvia resbalaron por su cara. El espantapájaros, ya desenterrado, horizontalizó su cruz desvalidamente.

—A casa todos, se largó el agua.

El relámpago entre los hombros del hombre forzó la obediencia. Derrotados rostros y cabellos y manos y ojos y pasos de regreso.

—¿Y Toto? —preguntó Lucía a la noche contra el sueño.

—¿Quién?

—El espantapájaros.

—Lo tiré al rastrojo. —hizo un ademán conciliador— No servía.

Nos miramos reunidos en el miedo, el perro dormitaba al pie.

—En el monte hay animales bravos.

—Toto es amigo de los animales bravos.

—Hay indios.

—Es amigo de los indios, el de las ollas lo saluda.

—¿Y si lo pica una culebra?

—Es amigo de las culebras.

—¿Qué come Toto?

—De noche sale al río, pero no pesca, tumba frutas del monte.

—A mí me gustan las frutas del monte, ¿y de noche?

—Lo vienen a visitar los cocuyos, pero mi papá lo arrancó.

Y en tono cómplice, más unidas las cabezas.

—Mañana lo sacamos cuando haga sol, mañana lo sacamos del rastrojo

Y amaneció buen sol de páramo entre las ramas y nubes ligeras al retozo del viento, y flores entre los helechales, y canto de gallos a la distancia.

—Allí está.

Descalabrado en el derrumbe con siete cueros y carrizos. Lucía acercó a sus labios un índice débil y arrimamos para ver las sombreras rasgadas, la mirada fija en un pájaro que saltaba su cabeza y con el pico arrancaba una cerda de la peluca.

—¡Shhh!, ¡va a hacer un nido!

Desde el barranco vimos al espantapájaros mirar cautelosamente y sonreír cuando el pájaro alzó vuelo con el hilo de cerda entre su pico.

—¡Está vivo! —dijo Lucía— ¡Vamos por él!

Logramos sacarlo dificultosamente al sol regado en la hierba. El viento sacudía las flores y las cerdas del espantapájaros. Y lo levantamos y caminamos con él. Lucía indicó la oscilación del maguey florecido.

—En el cabuyal nadie tiene que cuidar las matas de cabuya.

El perro bailó al paso ritual. Se destacó en lo alto de la colina, donde descargamos el esperpento. Abajo unos empujando, subidos otros sobre una piedra, la figura recuperó vida. Contentos los ojos al paisaje de verdes y cielo que ahora dominaba. Y añadimos cadejos de cerdas a su cabello y en el sombrero una cinta amarilla y a los pies un par de botas rotas.

—Le van a quedar grandes,

—¡Mejor!, no le tallarán cuando vaya por frutas.

Y danzamos la ronda, y él sonreía al canto y al ladrido y a los aleteos. Lucía reía porque el día era ancho, porque el viento jugaba con la bufanda del espantapájaros, que desde el fondo del espejo le acompañaba su retiro, en vísperas casi de otro más allá, cuando se le neblinaban los ojos.

—¡Vengan mariposas amarillas y azules, mariposas vengan!

Y las mariposas revolaron, en la mirada alegre.

—¡Vengan pájaros rojos y amarillos!

Y llegaron aleteos sobre el contento del espantapájaros. Cuando la ronda se replegó un poco, arrimaron afrecheros y picaflores; toches y mirlos; tincas y sinsontes; turpiales y

carrigüés. Y otras luces saltaron al rostro de lona y sacudieron alegres las ramas del siete cueros vecino. Pero enserió la cara al ver acercarse al hombre sobre su caballo.

—¡Aquí está mucho más contento! —dijo Lucía y recogiódonos a un extremo para que arrimaran más pájaros.

—¡Es amigo de los pájaros!

Advertimos en el padre una sombra frente al revoloteo. Lucía codeó cuando se asentaban más pájaros en los brazos horizontales, mientras caballo y jinete partían de nuevo.

—No entienden,

—¿Quiénes?

—Ellos, los grandes.

El espantapájaros sonreía a las alas y a nosotros. Los grandes nunca entienden.